



Revista de Literatura Hispanoamericana
No. 62, Enero-Junio, 2011: 109 - 126
ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

Pobre Negro: El discurso equívoco de las máscaras sociales

Adelso Luis Yáñez Leal

*University of Otago. Nueva Zelanda.
E-mail: adelso.yanez@otago.ac.nz*

Resumen

Este artículo propone una lectura novedosa de la novela *Pobre Negro*, de Rómulo Gallegos. En estas líneas se cuestiona la polarización discursiva entre sujetos negros y blancos. También se enfatiza la contradicción que existe entre el producto literario y la ideología que pregona el autor. El análisis recurre a conceptos teóricos tales como heterogeneidad y transculturación para tratar de comprender cómo se plantea el problema racial de Venezuela en el imaginario literario. La crítica ataca la construcción estereotipada de los personajes porque persigue un fin civilizador. Asimismo, el mestizaje parece traer como consecuencia cierto nivel de tolerancia, más no su total aceptación en la sociedad venezolana. Este trabajo pretende demostrar, a partir de la novela, la convivencia armónica entre diferentes grupos étnicos.

Palabras clave: Subalternidad, democratización, hegemonía, mestizaje, estereotipos.

Recibido: 16-03-11 • Aceptado: 22-04-11

Poor Black: The Ambiguous Discourse of Social Masks

Abstract

This paper proposes a new reading for the novel *Poor Black*, by Rómulo Gallegos, questioning the discursive polarization between black and white subjects. It also emphasizes the contradiction between the literary product and the ideology proclaimed by the author. The analysis draws on theoretical concepts such as heterogeneity and transculturation to try to understand how the racial problem in the Venezuelan literary imaginary is presented. Criticism attacks the stereotyped construction of the characters because they are pursuing a civilizing goal. Moreover, crossbreeding seems to result in a certain level of tolerance, but not full acceptance in Venezuelan society. This paper seeks to demonstrate, based on the novel, the harmonious coexistence among different ethnic groups.

Key words: Subalternity, democratization, hegemony, crossbreeding, stereotypes.

La narrativa de Rómulo Gallegos relata con cierto tono monológico las derrotas del sujeto afro-venezolano desde los tiempos coloniales hasta fines del siglo XIX. En sus textos, las miserias del hombre negro así como su hipotética ineptitud y sus fracasos, son concebidas como una condición inexorable del sujeto que se admite como natural. En *Pobre negro*, de manera mucho más obvia, la voz narrativa asume una actitud sesgada respecto del valor de la condición humana en función del color de la piel, de sus hábitos y costumbres. Una lectura actual de lo

que podríamos llamar una estética de la desesperanza -típica del realismo social- nos llevaría, tal vez, a cuestionar la polarización del estatus entre sujetos blancos y negros con el objeto de no reducirla a una mera visión mecánica. Aunque *Pobre negro* -publicada en 1937- no constituye un texto exitoso de la obra de Gallegos es, quizás, el que mejor ejemplifica la estratificación colonial de clases que heredaron Venezuela y, por extensión, el continente americano.

La novela rememora la existencia de una literatura de viajes que traza

-en un imaginario muy complejo- el tráfico de esclavos. Con el asentamiento de la diáspora africana en el nuevo continente, las prácticas religiosas allí descritas pasarán a ser un producto híbrido. Un ejemplo válido lo constituye la celebración en honor a los santos, que revela una mezcla oscilante entre diversas creencias acompañadas por la percusión -típica del África negra-, ampliamente aclimatada en América. El mismo sujeto negro se transforma en un híbrido al dejar atrás el culto a las “divinidades bárbaras” para asumir otras que sí van a formar parte de la identidad americana. El texto acoge todos los estereotipos de la construcción de un sujeto periférico: la fortaleza física y sexual, la sensualidad corporal, las creencias en la brujería, la falta de inteligencia y una fonética particular en relación a la norma estándar del español. A pesar de su aporte cultural y racial, el negro se perfila en Gallegos como una nulidad. Todo parece indicar que el potencial físico y el bagaje cultural son las vías de escape frente al poder hegemónico que soslaya la condición humana de este sector subalterno.

Sin embargo, Gallegos fue uno de los líderes del partido Acción Democrática y presidente de Venezuela en 1948, electo con el mayor porcentaje de votos a su favor en elecciones populares. En esta primera

gran contradicción que se observa entre su construcción literaria y la ideología que pregona, se distingue el tono discriminatorio contra los menos favorecidos. En efecto, la integración de todos los sectores en igualdad de condiciones es, durante décadas, el eslogan político. No sorprende, pues, que la novela aparente pretender la emancipación de los negros (Cohen, 2007: 1). Se trata de un texto muy ambiguo puesto que también pone en escena cómo el blanco encubre con un discurso benevolente sus intenciones de enriquecerse gracias a una mano de obra barata. *Pobre negro* se sitúa dentro de las obras más clásicas del canon literario nacional de Venezuela. No obstante, hoy invita a ser fuertemente cuestionada al pensar en su recepción en el horizonte de lectores venezolanos.

Con el objetivo de profundizar acerca de estas problemáticas, me aproximo a las ideas propuestas por el Grupo de Estudios Subalternos (Castro, 1998:85) y recorro a los conceptos de heterogeneidad y transculturación de Ángel Rama, para lograr una mejor comprensión de los usos de lo racial -"lo negro" en el contexto venezolano- así como de las tensiones en los procesos de hibridación que hacen de la sociedad venezolana un conjunto relativamente armónico. Asimismo, me interesa destacar que la lectura de

Pobre negro permite también poner en diálogo a la narración con la realidad extratextual, lo cual activa los presupuestos de los lectores ideales.

Contexto histórico-geográfico e ingredientes étnicos

Pobre negro comprende, en sentido estricto, el extenso período histórico entre la abolición de la esclavitud, en 1854, y el fin de la Guerra Federal en Venezuela, en 1863. Publicada a principios del siglo XX por Rómulo Gallegos, cuyo nombre ocupa un lugar de excepción dentro del canon literario nacional, este texto no ha sido objeto de significativas críticas. La novela acoge un cuadro complejo que ilustra la historia de la esclavitud desde sus inicios coloniales (García, 2007: 113) con énfasis en los acontecimientos de fines del siglo XIX. Recrea, incluso, noticias históricas que la crítica documenta acerca de la fuga de los negros como excusa narrativa “dada las condiciones de vida agonizantes a las que estaban sometidos” (Lawo, 2006: 576). En efecto, en las haciendas cacaoteras de Barlovento y ciudades aldeañas, el narrador escenifica la relación de sumisión entre el negro y el sujeto de origen europeo. El espacio geográfico que conforman los valles de Aragua y del Tuy, funcionan como topónimos que remiten a una zona en la que se asentó

gran parte de las poblaciones de origen africano. Esta relación centenaria de dominación -que fustiga todo viso de insubordinación- la comparten otros grupos, tales como indios, manumisos, mulatos y zambos. No ocurre lo mismo con los descendientes de canarios, los blancos criollos, los mantuanos que tienen la preeminencia y, por supuesto, los blancos peninsulares que por largo tiempo habían invadido los territorios del Nuevo Mundo (Bansart, 1986: 5). Sin embargo, es preciso aclarar que a pesar de ser blancos estos últimos, no disfrutaban del mismo estatus ya que sus privilegios son distintos entre ellos. Los mantuanos, por ejemplo, además de ser criollos como Simon Bolívar, son aristócratas, en cambio los canarios -muchos de los cuales pelearon en el ejército por la independencia- son de cierta manera menos acaudalados. El hecho de no formar parte de los grupos esclavizados es la única característica que los equipara.

El texto, que en principio puede dar la impresión de no profundizar en los conflictos raciales y de poder, ofrece un panorama complejo de la sociedad venezolana. Pero, el problema radica en que se trata de una construcción estereotipada y anecdótica cuyo impacto resulta definitivo en la valoración de una vieja crítica poco mordaz en tanto repite la visión de Gallegos. Un ejemplo lo

constituye la obra *El negro en la literatura venezolana* (1980), del investigador José Marcial Ramos, en la que su autor incluye una construcción arquetípica:

El negro con sus secuelas de rebeldías, de extroversión, de violencia sexual, de espontaneidad, sociabilidad y expansividad, ha sido tema constante en la poesía, en la cuentística, en la novelística y en el teatro que se ha creado en el país (Ramos, 42).

Desde la perspectiva del narrador galleguiano, los negros son sucios y su fisonomía es tan distinta a la de otros grupos que no puede pasar desapercibida: “(...) porque no tienes jeta ni nariz que te traicionen?” (*Pobre negro*, 9). A pesar de que este imaginario muestra un “consenso étnico” (van Dijk, 1988: 131) para marginalizar al sector negro, la novela contiene también un aspecto positivo: por sus temas y valores lingüísticos, se la puede catalogar como texto costumbrista. De todos modos, también busca vender la idea de que el mestizaje es un “hecho feliz”, lo que remite a una hábil postura política y por tanto demagoga. En este sentido, Lito E. Porto se refiere en términos de “una valoración favorecida de la interacción como requisito esencial para una mayor comunicación entre humanos” (2000: 65).

La narrativa de Gallegos forma parte de lo que se conoce “como novela de la tierra o regionalista” que

tuvo gran auge en toda Latinoamérica puesto que aborda temas de la construcción de la nación (Isea, 2000: 1). El interés por la relectura de su obra busca romper con la visión sagrada que se tiene de Gallegos como modelo literario sacralizado, en cuya esencia no queda clara la supuesta concepción democrática que lo abandera. La lectura que me propongo aquí consiste en la no reinscripción de discursos opresivos (Geisdorfer, 2001: 83), sino en la reconsideración del pasado y de cómo la hibridación tiende, en principio, a la “democratización.” Al hacer acopio de esta información histórica, el eje escritural pone en escena el enfrentamiento de diferentes posturas e intereses de clases. Se trata de un montaje dialógico con el cual el escritor cede su voz e intenta dar la impresión de que existe un entendimiento entre los diferentes grupos. No obstante, en el texto subyace la oposición binaria blanco-negro, en lo que aparece descrito como “dos campos hostiles” (*Pobre negro*, 58). Y es precisamente esta percepción la que hace pensar que la vía pacífica y la democracia representativa no son reales convicciones en el escritor.

Construcciones estereotipadas

El narrador define al mantuano como un sujeto “imbuido de sentimientos de casta con pujos de aristocráticos”

cracia” (*Pobre negro*, 53), mientras que a los negros “los viste de belleza humana la recia musculatura endurecida en el trabajo” (*Pobre negro*, 7). El recurso al *cliché* queda manifiesto en la formulación del imaginario de la novela y en el modo en que hace referencia a los personajes de origen africano equiparándolos con animales: habla de mirar “en los negros y sudorosos rostros” (*Pobre negro*, 61), como si los blancos no sudaran. Y su adjetivación va más allá cuando expresa que “Sudaban a chorros los negros extasiados en los acordes del golpe. Olían a chiquero y a muerte” (*Pobre negro*, 103). La codificación racial del narrador no oculta los signos de la prepotencia del blanco sobre los negros y su interés en presentarlo como un antisocial:

(...) un negro de estatura descomunal, a quien traían atadas las manos a la espalda, cubierto de sangre, en medio de una multitud que lo apedreaba y lo apaleaba. Y luego continúa la narración con la exclamación: “-¡La hijita de Crisanto! ¡Dios mío! ¡Qué monstruo!” (*Pobre negro*, 4).

La cita apunta a la ausencia de creatividad fundada en un total desinterés por la innovación. Es decir, un blanco no puede construirse como sujeto del delito. Se pone de relieve la expresión de la corporalidad del sujeto negro y la asimilación de los valores del sistema que impe-

ra como rasgos sobresalientes (el eje sumisión-dominación), mientras que el recato y la autoridad quedan reservados para los blancos, con sus maneras “delicadas” y supuesta actitud sobria. La visión acerca de los afro-venezolanos va a cambiar notablemente gracias a la pluma de Guillermo Meneses con el texto *Canción de negros* (1934); a Julio Ramos y *Los conuqueros* (1936); y también a Juan Pablo Sojo con su *Nochebuena negra* (1943). Todos se van a aproximar a una elaboración mucho más fiel del mestizaje nacional (Zapata, 2006: 169). Incluso en *Cumboto* (1950), de Ramón Díaz Sánchez, el tema de la mixtura aparece en la crítica ya como parte del discurso de la libertad:

El “discurso científico alrededor del *mestizaje* señaló, en la primera mitad del siglo XX, un cambio de paradigma en la observación de Latinoamérica e invirtió la connotación negativa del “ser mezclado” (Schmidt, 14).

Lo interesante de *Pobre negro* es que el narrador va dando cuenta de la evolución de procesos y de ciertas reivindicaciones para los sectores subalternos que aparentemente aminoran “los horrores de la esclavitud” (*Pobre negro*, 66). Respecto de esta problemática, algunos presupuestos teóricos planteados por el Grupo de Estudios Subalternos sobre cómo “la democratización otorga prioridad a

una reconceptualización del pluralismo y de las condiciones de subalternidad al interior de sociedades plurales”, vienen oportunamente a encajar en la realidad y conflicto de ser negro en Venezuela y, por extensión, en América (*Manifiesto inaugural*, 85). En efecto, al abordar algunos aspectos sobre la diversidad humana y admitir que no todo grupo de individuos disfruta de la misma receptividad en el plano social, ni logra tener acceso a los mismos servicios y bienes materiales, constatamos la existencia de sujetos excluidos de manera deliberada por proyectos nacionalistas y en manos de la ideología hegemónica, tal como escenifica el texto *galleguiano*. Vale aclarar que la aportación del negro queda anulada bajo la concepción euro-céntrica, no sólo porque la valoración sea meramente “cutánea”:

Carecían, así en lo material como en lo espiritual, de cuanto pudiese constituir una forma de existencia realmente humana. Privados de economía propia, analfabetos y envilecidos por el hábito secular de la sumisión. Eran todavía los parias (*Pobre negro*, 66).

La novela activa los prejuicios del blanco, quien vehicula en su apreciación el hecho de que el hombre de origen africano no alcanza, entre otras cosas, a ostentar el estatus de persona. El prototipo de negro se erige en la concepción de Ga-

llegos según el referente clásico que el lector común posee acerca del esclavo en América: aquel en cuya espalda reposa el trabajo de la tierra porque “-Negro hace carrera muriéndose chiquito” (*Pobre negro*, 103). Todo apunta a la elaboración de perfiles caricaturescos siguiendo en sus descripciones ejes maniqueístas que los distinguen -tanto al hombre como a la mujer- del resto de los sectores sociales: El esclavo es fornido, tiene “manos afanosas” y “dentadura perfecta”, pero no piensa, es sólo un “negro bocatero” (*Pobre negro*, 6).

Un supuesto mestizaje feliz

El argumento de la novela gira en torno a una joven llamada Ana Julia Alcorta, hija de una familia mantuanista de gran abolengo. La joven resulta embarazada de un esclavo llamado Negro Malo, que más bien era bueno y que trabajaba en la hacienda “La Fundación”. Para salvar el honor, el hermano llamado Fermín, le entrega el niño a una pareja humilde de trabajadores de la tierra allegados a la familia, y les pide que guarden el secreto para siempre. Incluso, Fermín miente para echarse la culpa al decir que es su niño pero que la madre no puede criarlo, y así encubre la falta gravísima de su hermana. Pedro Miguel, el niño que el narrador denomina el *repudiado*

(*Pobre negro*, 16), crece con gran rencor contra los mantuanos y representa al mestizo que, desde la perspectiva del autor, dará pie a significativos cambios en la sociedad venezolana. No obstante, no lo perfila como el héroe salvador sino como el personaje marcado por “idealismo e inadaptación” (Oviedo, 1985: 110). A pesar de que el narrador no cede su voz a este personaje central, el texto recuerda a “Manzanos’s autobiographical construction of self” porque se centra en el mismo tópico de la esclavitud y victimiza al sujeto negro, aunque en esa obra la referencia es a la realidad histórica cubana (Branche, 2001: 64). Pedro Miguel es un sujeto que lucha en la Guerra Federal y comanda tropas integradas por negros, que se defienden del poder colonial blanco. El fin se centra en obtener la libertad y demoler preceptos racistas coloniales, hasta que su integración a la sociedad venezolana, como fruto de la hibridez y consecuencia de una nueva mentalidad, lo lleva a cuestionarse:

¡Los mantuanos! ¿Por qué no me suena ahora esta palabra como me sonaba antes? ¿Pero dónde están los míos de antes? Esto es precisamente lo que yo necesito saber: Por qué los habré perdido. ¿Por lo que me contó Cecilio aquella vez? Pero si a ver vamos, después de haber conocido esa historia era cuando yo tenía verdaderos motivos para guardarles rencores a los que me tiraron fuera de la casa como

una inmundicia. ¡A los de ese entonces y a los que ahora harían lo mismo si hoy naciera bajo los techos de esa casa el hijo de Negro Malo! ¿Y entonces, pues, por qué no los aborrezco? ¿Todas aquellas brasas se convirtieron en cenizas? (*Pobre negro*, 106).

De principio a fin, la voz deja traslucir el poder de la aristocracia mantuana con su modelo feudal y sus latifundios heredados generación tras generación, al tiempo que dialoga con ciertos elementos culturales del mestizaje. En efecto, la lectura del signo textual invita a presuponer que el discurso narrativo de *Pobre negro* atribuye al hecho del crisol la tolerancia del sujeto de origen negro, más no su total aceptación en la sociedad venezolana. El transcurso del tiempo, así como la convivencia de los diferentes grupos humanos, no va a mitigar el poder de la clase hegemónica. Sin embargo, lo que ha sido irreconciliable desde principios de la Colonia llega a formar, aparentemente, una “armonía constructiva” con el paso del tiempo. Se trata de un discurso equívoco, puesto que el personaje protagonista, Pedro Miguel Candelas -cuya vida recuerda “La historia de un negro que no le interesa a nadie” (Webster, 2003)-, odia a los blancos aunque su mirada desde el mestizaje cultural lo lleva a alternar con ambos sectores. Es hijo de blanco y negro pero, educado por criollos, ha

absorbido ambos orígenes. En palabras de Antonio Isea, “dada su condición de mulato, es un elemento altamente operante para derrumbar las bases racistas de una nación que se aferra al antiguo régimen” (2000: 2). El mestizaje va aparentemente modificando su valor semántico y cultural en la medida en que nos alejamos de los tiempos coloniales. No obstante, la hipótesis del mulato como “agente homogeneizador” (Guevara, 2005: 105) no aparece de manera explícita en esta novela, sino la del híbrido que abre un camino tortuoso para empezar a demoler la pesada relación binaria:

El surgimiento de la lucha por la independencia llevada a cabo por los criollos burgueses venezolanos, y el resentimiento profundo de los peninsulares hacia éstos, operarán un cambio de actitud en ambos segmentos de la sociedad venezolana con relación al negro (Torres, 2001: 11).

Esta mezcla es la que, más tarde, va a romper con la esencia homogénea de los colonos para abrir el paso a la aceptación de la mixtura. Este proceso recuerda la propuesta teórica de Fernando Ortiz -desarrollada por Ángel Rama- sobre “heterogeneidad” y “transculturación” (1985) según la cual las culturas, aunque convivan y lleguen a integrarse, no rompen con sus tensiones. Es verdad que el negro interioriza algo del blanco en el espacio de la novela, pero todo apunta a

que los afro-venezolanos conviven con el resto de los grupos humanos en un contexto de relativa hibridez. Lo cierto es que no se puede hablar en términos de absoluta igualdad para todos, sino más bien de discursos que escamotean el conflicto racial y le otorgan a la problemática el carácter de un aparente olvido. De eso no se habla, sino someramente, porque se prefiere conscientemente suponer que aquí no hay racismo, al tiempo que desde siempre el discurso de una mayoría de los venezolanos refleja lo contrario. Diría, incluso, que ni se intenta abordar trivialmente. La superficialidad con la que se trata el tema del negro se observa -cuando se le quiere dar un matiz integrador y positivo- en letras de canciones folclóricas, como por ejemplo: “sabroso que mueve el cuerpo la *barloventeña* cuando camina”; cuando se lo rotula como objeto sexual lo que se deduce de frases como: “soy un negrito fullero”; o cuando se lo hace responsable de alegrar toda celebración. La reflexión, por banal que pueda parecer, invita a interrogarse hasta qué punto el sujeto heterogéneo que Gallegos erige como el producto accidental de la mezcla, constituye un concepto meramente teórico, es decir, sólo “un ideal político de raigambre anticolonial enmarcado en la tradición central del pensamiento latinoamericanista” (Sánchez, 2009: 381).

A pesar de que las comunidades negras que describe el narrador *galleguiano* nunca logran reivindicarse, tales son las consecuencias de la amalgama que una parte de la oligarquía se plantea la posibilidad de modificar el modelo económico para mejorar, aparentemente, las condiciones materiales de los esclavos. Es aquí donde se refleja la ideología social demócrata. Pero en el cambio que se produce cuando se pasa del modelo esclavista al del capitalismo, persiste la ausencia de derechos laborales. En términos de Ramos Guedez, se pasa “de la agricultura latifundista en crisis a una agricultura productiva” (59, 60). No obstante, en el giro que se opera tiene lugar la lucha del sujeto negro con miras a obtener reconocimiento por su trabajo, como si fuera blanco. El negro no es una entidad pasiva, sin embargo no deja de ser explotado. Cuando el narrador expresa que el cambio generacional logró “en beneficios de los peones un aumento considerable de salarios y un mejoramiento progresivo de las condiciones de vida del trabajador” (*Pobre* 79), se infiere el supuesto avance hacia la emancipación de los más postergados. De todos modos, para un lector agudo, este aparente progreso es, sobre todo, una construcción que conviene al escritor social demócrata convertido a la derecha. La construcción estereotipada es típica de un discursor

“civilizador” que convoca a los grupos subalternos, según su ideología, con el fin de “favorecerlos”. De allí que no sorprenda al lector ideal la influencia de este tipo de narrativa en la apropiación del mito de la igualdad por parte de Venezuela:

Aquí se reproduce, todavía con su alma intacta, pero también se mezcla, y es así como el cuerpo de la nación va digiriéndolo; mas hay que incorporarlo también al alma nacional, dándole parte en el patrimonio común de la cultura. Además, ¿No tendremos los blancos algo que agradecerle al negro? (*Pobre negro*, 67).

Esta concesión intenta modificar parcialmente el estigma del blanco y su postura radical respecto del negro a pesar del paternalismo y la respuesta irónica, no tan servil, que caracteriza al esclavo líder cuando enuncia que el amo “es *agradecido* con sus bestias buenas” (*Pobre Negro*, 6). A partir del momento en que el subalterno (léase sujeto negro) no es considerado un elemento “forastero”, hay que tomar la decisión de cederles o no derechos y proveerles “una fuente de economía individual”. Es durante este episodio que surge dicha polémica entre blancos, sobre todo, cuando “la idea de la abolición de la esclavitud se cernía en el ambiente político” (*Pobre negro*, 67). Allí entra en juego la discusión acerca de quiénes son o no venezolanos.

Resulta importante señalar que la independencia de Venezuela no abolió la esclavitud como sí ocurrió en el caso cubano, donde abolir era la condición de la emancipación colonial (Gilman, 2003: 102). El responsable de la ejecución de la ley en Venezuela fue el general José Gregorio Monagas, lo que va a provocar una sangrienta guerra civil que no termina hasta 1864 (*Carrera Damas*, 100,105). Cabe destacar que la abolición de la esclavitud tiene un impacto nocivo en la institución de la propiedad privada. Por su parte, la dependencia laboral hace inútiles a los negros fuera del ámbito de los trabajos forzados. Ser libres va a implicar un precio alto que pagar puesto que la colonización los predispuso a un rol de sumisión tal que les es casi imposible asumir el estado de libertad. Así enuncia el narrador al referirse a las voces que celebran el “tambor de la abolición”:

-!Ya semos libres, manitos!-decían allá las voces que aquí llegaban en baraúnda-. Se acabaron los “su mercé, mi amo” y la jaladera de escardilla y el roznío de las taguaras, pa que otro beba su cacao calientito y espeso, mientras al mismo tiempo se hace rico con el sudor de la frente del negro.”

“Pronto, sin embargo, enmudecieron los tambores. Al volver de su aturdimiento a la dura realidad, los negros se habían encontrado con el hambre y la desnudez y la noche sin techo y el desamparo abso-

luto, porque el decreto famoso sólo había dicho: -¡Eres libre! Pero entre los que ya lo eran por derecho de nacimiento, no encontraron sino repudio y desdén, y los más comprensivos se dijeron: -Nos invitaron a una fiesta; pero no nos reservaron puesto (*Pobre negro*, 72).

La aceptación relativa del sujeto negro tiene una estrecha relación con el hecho de la convivencia de diferentes sectores y su contribución cultural. No obstante, no es ni será en largo tiempo como lo pinta la visión romántica y la actitud acomodaticia que asume William Megeney (1979:120) para evitar poner el dedo en la llaga: “el negro esclavo reemplazó al indígena en las labores que requerían las plantaciones de caña y de cacao, y que por eso ha formado una parte integral de la gran familia venezolana.” En el caso del negro, que representa al sujeto desplazado, uno de los más notables es la herencia musical y, con ésta, algunos rituales que introdujeron en América los esclavos llevados por los colonizadores españoles y portugueses, luego de su paso por África. Se establece así una sucesión de viajes que propician la aclimatación del ingrediente negro en el nuevo continente, el surgimiento de lazos entre África y América y la emergencia de una cultura híbrida con manifestaciones en parte católicas y en parte opuestas a la cristianización (léase brujería) -mejor conocidas como su-

puestas “divinidades bárbaras” (*Pobre negro*, 1958: 1)-.

En efecto, *Pobre negro* recrea una atmósfera sombría que acoge en su seno supersticiones y ritos latentes de la cotidianidad de los esclavos. Estos rasgos se exageran, sobre todo, en las fiestas religiosas tradicionales que hoy el común de los venezolanos aprecia por el sentido del gozo. Los elementos lúdicos, por su propia esencia, van de la mano entre los diferentes sectores mientras que el enlace real de lo negro y blanco sigue siendo una situación de mayor reticencia tanto en el contexto de la novela como en la realidad extra-textual. El espacio remite a la selva costera venezolana porque el hombre negro no es un ciudadano que pueda civilizarse. Un escenario semejante se repite en otros corpus, como en la literatura cubana donde los negros “tuvieron como primer escenario el patio del batey, el barracón, los palenques y *auaombos*, estos últimos, refugios de esclavos cimarrones” (Hidalgo, 2007b: 11). Según el narrador *galleguiano*, las fiestas más renombradas son la de San Juan y la de los velorios de la cruz de mayo, puesto que acogen los rituales significativos en lo que se refiere a cultura popular, gracias a su mezcla de lo místico y lo profano. La contribución del esclavo -que viene de tierras tan lejanas- concede al transplante cultural un sentido cabalístico, lo que no es necesariamente negativo. Pero según la

voz de la oligarquía citada por el narrador, esas manifestaciones no son otra cosa que “bochinchas de negros” (*Pobre negro*, 110). La novela está plagada de adjetivos que construyen de manera arquetípica tanto al continente africano, a su herencia cultural como al propio sujeto negro. La voz que se refiere en los siguientes términos: “África enigmática”, “danzas sensuales”, “música bárbara”, “alma negra” (*Pobre negro*, 1, 2) y busca en lectores desprevenidos la asunción de afirmaciones que para otros, quizás más críticos, resultan muy cuestionables:

Las negras viejas, voluminosas masas de carnes papandujas y de enaguas almidonadas, con los gordos brazos al aire o con un paño blanco sobre los hombros las muy frioleras, y en la cabeza el pintado pañuelo de Madrás; los negros viejos, algunos ya decrepitos -olvidos de la muerte-, nevadas las greñas rebeldes, amojados, rezongones y quisquillosos masticando lo que no estaban comiendo, las mozas de bocas sensuales, mostrando los blanquitísimos dientes al reír jacarandoso, con sus camiones de cretonas rameadas, de colores chillones y sus cotizas blancas, varias de ellas dándole la teta negra al crío (*Pobre negro*, 57).

Vale decir que el *locus* enuncia desde una voz intelectual que enfatiza un notable tono racista, sobre todo cuando se refiere en términos como “la negrada prorrumpe” o

“huele a negro” (*Pobre negro*, 2). Y es éste quizás el resultado de una narrativa que responde a intereses de clase, remite a la mentalidad colonial y, por tanto, prescinde de la observación y de estudios más profundos para su elaboración. No es por azar que Gallegos sea conocido como un escritor positivista. En ese abanico de interpretaciones, es importante apuntar que el narrador ironiza sobre el referente inmediato de las comunidades negras en Venezuela. Pero no cabe duda que reproduzca lo ya dicho por el sector hegemónico como una valoración inamovible, al tiempo que refleja cómo el color de la piel y una supuesta inteligencia son los criterios legitimadores y de acceso al poder:

-¡Ideas! ¡Válganos Dios! ¡Esto sí no me lo esperaba! ¡Ideas en la cabeza del negro! (*Pobre negro*, 67).

Así, a mayor cercanía con el origen europeo, mayores son las posibilidades de emancipación económica e intelectual para los ciudadanos. En efecto, el mestizaje trae como consecuencia grados sucesivos, ascendentes o descendentes. Mientras se es más blanco, las capacidades intelectuales son mayores “¿Pero no te has detenido a preguntar cuál es el uso que el esclavo hará de ese dinero? -Al principio, el más perjudicial para sí mismo” (*Pobre negro*, 67). También crea tensiones sociales

puesto que el cruce de negro con blanco constituye una mácula para la familia mantuana, para los “godos recalcitrantes” (*Pobre negro*, 41). Ellos son los que poseen el poder económico y aspiran a trascender en la historia del país con el “patronímico” en las altas esferas políticas, porque es necesario un primer “Alcorta ilustre” (*Pobre negro*, 27). De allí que no todos los ciudadanos tengan acceso a información sobre su genealogía por temor a develar la deshonra. Subyace en la novela algo muy propio de la época colonial: la letra constituye la palanca del ascenso social -tal como lo afirma Ángel Rama en *Ciudad Letrada* (1984)-. Este factor cobra mayor relevancia en las familias selectas, puesto que ser intelectual es un rasgo distintivo, exclusivo de los blancos.

El prestigio que aporta participar en la vida política del país tiene un precio mayor que las propias rentas percibidas por el cultivo del cacao: “Un Alcorta va a entrar en la Historia” (*Pobre negro*, 27), por tanto hay que borrar toda falta de linaje. La consecuencia del error de Ana Julia Alcorta pone de relieve la problemática del origen vergonzoso, el bastardo que todos deben ocultar (*Pobre negro*, 23). En *Cumboto*, escrita en 1950, se observan los mismos conflictos raciales con la diferencia de que aparece un personaje que inserta la discusión acerca de la unión

con un blanco a manera de mejorar la raza, lo que no es menos racista: mezclarse y actuar como blanco para poder subsistir, en clara concordancia con la propuesta de Frantz Fanon (1952). Pero concebir un hijo con un negro es, en el plano social, una deshonra que a toda a costa hay que disipar en la memoria familiar y, en particular, del entorno social. En términos de Cecilio, un personaje intelectual y batallador que recorre todos los rincones del país, que toma cierta distancia y hace una crítica severa de los valores clasistas de su estamento, se trata de “necesidades de linaje” (*Pobre negro*, 21), lo que se describe en la novela como una “historia de dolor y de vergüenza” (*Pobre negro*, 25). Pero es, en realidad, la mentira que se hace necesaria para proteger la supuesta honra. Al mismo tiempo, y desde la óptica del sujeto negro, el hecho de ser un híbrido -fruto del cruce de blanco con negro- simboliza un estatus intermedio que merece menos respeto porque “la pigmentación de la piel funciona como un ‘termómetro’ capacitado para medir el nivel de recepción por parte del resto de la sociedad” (Hidalgo, 2005a: 73).

Paradójicamente, desde la perspectiva de la sociedad “blanca”, el sujeto zambo adquiere un rango social mayor. El color de la piel es un indicio del grado de pureza en relación a los totalmente blancos. Nóte-

se cuando Negro Malo se queja del maltrato del capataz Mindonga:

Este maldito zambo la tiene cogía conmigo ¡Jm! Cualquiera día de éstos, en una hora menguá, me va a rebosar la totuma de la pacencia y voy a tené que acomodale el filo de la taguara en el tronco de la nuca, manque después me hagan piazos. Si es que a los zambos los cobran como si fueran blancos (*Pobre negro*, 6).

El negro se construye como una especie de convicto a pesar de cierta mirada complaciente del narrador que, en lugar de aliviar la situación de precariedad social en la que vive -en particular, los maltratos físicos de los que es objeto-, muestra más una actitud de superioridad. Incluso, al querer concederle cierto grado de reivindicación como ser humano, habla en términos de “Nuestro negro es una raza en marcha” (*Pobre negro*, 67). El autor dibuja así un estereotipo del negro que desarrolla habilidades para subsistir en la esclavitud. Sin embargo, no enfatiza la actitud de resignación de la condición del esclavo, sino que crea un espacio de divertimento fugaz que funciona como contrafuerte. El baile, los ritos, el humor y los amoríos se describen como la escapatoria ilusa del eterno sometimiento ante la clase blanca acaudalada. No sorprende que estos sustantivos arriba nombrados sean los *transculturados* en el sector blanco -íconos de la aparente aceptación de

la mixtura venezolana- y que formen parte de esa idea auto construida acerca de que Venezuela es un país orientado al placer. La voz narrativa da a entender que, dada la supuesta nobleza humana, el negro carece de iniciativas para emprender acciones que le permitan emanciparse. Incluso no logra romper con el aprendizaje ancestral de su rol de subalterno, que se transmite de manera inconsciente de generación en generación. El cambio será paulatino, como le ocurre a Pedro Miguel, a muchos años de distancia de los tiempos coloniales. La madurez del proceso le dará al concepto de mestizaje, en la perspectiva *galleguiana*, una apreciación positiva.

Cabe señalar que la conducta de sumisión se explica también desde un punto de vista jurídico puesto que existieron leyes sobre la esclavitud que distinguían, por inferencia, los derechos y privilegios de unos y las privaciones de otros (*Pobre negro*, 8). La voz narrativa hace intervenir a la comunidad negra para enfatizar fricciones, ya no sólo entre las primeras generaciones que soportan tanto el castigo físico como el desprecio, sino aquellas que surgen entre mestizos y blancos cuando el poder de la Colonia se debilita. Las desigualdades que motivan la emancipación abarcan todos los niveles. Éstas se describen como contraposiciones entre los grupos anta-

gónicos: el confort para unos, la austeridad para otros. Así, el poder colonial se permitía atropellos y agresiones a la dignidad humana. No obstante, en la representación que hace el narrador de Gallegos acerca de los diferentes sectores sociales, surgen voces que cuestionan la supremacía. Efectivamente, el mismo sector privilegiado ve debilitado su poder con la guerra de independencia. Dentro del grupo hegemónico, el narrador da voz a sujetos cuyo discurso va a cuestionar, paradójicamente, los intereses de su grupo. Se trata de una voz intelectual crítica e idealista:

La colonia, con su espíritu de orden, y, por consiguiente, jerárquico, no la produjo este suelo, sino que la toleró transplantada solamente. Era un jardín de plantas exóticas, muy bien trazado, muy apacible, muy señorial -¡todo lo que se quiera!-: pero postizo y por tanto precario. Y más aún por ser un jardín de casa pobre. En cambio, lo que esa guerra puso en pie es lo genuinamente nuestro: la democracia del campamento, el mantuano junto con el descamisado comiendo del mismo tasajo, señorito Bolívar codo a codo con el Negro Primero. El “aquí semos todos iguales (*Pobre negro*, 26).

Los movimientos de emancipación tienen una razón de ser, no sólo porque el modelo social de la colonia se funda en leyes monárquicas, sino también porque la esencia del

Nuevo Mundo se compone de tales ingredientes culturales que se hace ingobernable. A muchos años de distancia, la visión del narrador no contribuye a disipar las diferencias que narra la novela, sino más bien a enfatizar con sus usos sociales el abismo entre sectores. A modo de ejemplo, si bien el contexto remite a la colonia -un período de notable austeridad social y corporal para la figura femenina, tal como Gallegos perfila a Ana Julia Alcorta a pesar de su “error”- la mujer negra aparece descrita con dotes de sexualidad no sólo superiores a los del hombre, sino que es ella quien corteja. Estamos frente a una devoradora que no ha crecido con los prejuicios sociales de la mujer blanca que debe reprimirse y, por tanto, puede dar rienda suelta a su cuerpo. El negro, por su parte, aparece como el sujeto que la clase blanca repudia y cuyo ímpetu sexual lo lleva a cometer el acto

prohibido que el narrador alcanza a apenas a insinuar. Así, el negro aparece, de manera tácita, como un presunto agresor sexual que va tras la presa prohibida de origen europeo. Sin embargo, es la mezcla de ambos grupos humanos -colonizador y desplazados- la que, después de varias centurias, va a propiciar el inicio de la convivencia relativamente armónica en la sociedad venezolana. El negro, como tal, es parte de un discurso folclórico que durante años se ha divulgado en los ámbitos educativos del país. Incluso, durante el siglo XX, se le evoca en canciones, en actos culturales y en un sin fin de manifestaciones artísticas. No obstante, la novela no propone una representación alternativa de los afro-venezolanos sino que centra su imaginario en un proceso de cambios paulatinos que siguen dando cuenta de las máscaras sociales.

Referencias

- BANSART, Andrés (1986). *El negro en La literatura Hispanoamericana*. Baruta: Universidad Simón Bolívar.
- BRANCHE, Jerome (2001). “‘Mulato entre negros’ (y Blancos): Writing, Race, the Antislavery Question, and Juan Francisco Manzano’s Autobiografía.” *Bulletin of Latin American Research*, Vol 20, No. 1, 63-87.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón (1950). *Cumboto*. Lima: Latinoamericana.
- CARRERA-DAMAS, Germán (1983). *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago *et al.* (1998). “Manifiesto inaugural” en *Teorías sin disciplinas. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*.

- Coordinadores: Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta. U.S.A: University of San Francisco, 85,100.
- COHEN, HENRY. "The question of race in Romulo Gallegos's *Pobre negro*" [En línea] Hispanófila. Disponible en URL <http://www.thefreelibrary.com/The+question+of+race+in+Romulo+Gallegos%2s+Pobre+Negro.-a0202311599> [Consulta: 18/04/10]
- FANON, FRANTZ (1952). *Peau noire, masques blancs*. Paris: Seuil.
- GALLEGOS, Rómulo (1958). *Pobre negro*. Madrid: Aguilar.
- GARCÍA, Jesús. "Afrovenezolanidad: ¿En qué situación estamos?" _____ (2007). 1854-2004: *150 años de la Abolición de la esclavitud en Venezuela. ¿Presente y pasado de una misma realidad?* Editado por Hernán Lucena Molero y Julio César Tallaperro. Mérida: Talleres Gráficos Universitarios.
- GEISDORFER, F. Rosemary. "Reading Against the Cane: Afro-Hispanic Studies and Mestizaje." [En línea] Disponible en URL: <http://www.jstor.org/pss/465366> [Consulta: 18/04/10]
- GILMAN, S. (2003). "The Epistemology of Slave Conspiracy." *Modern Fiction Studies*, N° 49, 101-103.
- GUEVARA, Gema R (2005). "Inexacting Whiteness: Blanqueamiento as a Gender-Specific Trope in the Nineteenth Century." *Cuban Studies*, N° 36, 105-28.
- HIDALGO, Narciso J. (2007). "Las creencias de origen africano en el Nuevo Mundo" *Afro Hispanic Review*, N° 26:1, Spring, 11-18.
- _____ (2005) "La pigmentación de la piel y el discurso literario en Cuba" *Afro-Hispanic Review*, N° 24:2, 71-87.
- ISEA, Antonio (2000). "La narración de lo racial-nacional en *Pobre negro* de Rómulo Gallegos." *Letralia. Tierra de letras. La revista de los escritores hispanoamericanos*. Año V, No. 93.
- MEGENNEY, William W (1979). "Las influencias afronegroideas en *Pobre negro* de Rómulo Gallegos" In (pp. 118-129) Rodríguez-Alcalá, Hugo, *Nine Essays on Romulo Gallegos*. Riverside: Univ. of California, 215 pp.
- RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo (1979). "Nine Essays on Romulo Gallegos." *Riverside: Lat Amer. Studies Program*, University of California 215.
- LAWO S, Alain (2006). "Reyes negros e identidad colonial africana en Historia de Venezuela de Fray y Pedro de Aguado y noticias historiales de Las conquistas de tierra firme de Fray Pedro Simón." *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXII, N°215-216.
- OVIEDO, Rocío (1985). "El clasicismo de Rómulo Gallegos." *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Madrid, N° 14103-117.

- PORTO, Lito E. (2000). "Claroscuros: el Mestizaje Cromático, Telúrico, y Racial en Chambacú: Corral de negros." *Afro Hispanic Review*, University of Missouri, Columbia, Vol. 19, N° 2.
- RAMA, Ángel (1985). *Transculturación narrativa*. México: Siglo XXI.
- RAMOS Guedez José Marcial. *El Negro en la novela venezolana*. Caracas: UCV.
- SÁNCHEZ-PRADO, Ignacio M. (1980). "El mestizaje en el corazón de la utopía: La raza cósmica entre Aztlán y América Latina." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, N° 33:2, Winter 2009, 381-404.
- SCHMIDT, Bettina E. "Teorías culturales posmodernas de Latinoamérica (y su importancia para la etnología)." [En línea] Disponible en URL: http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Indiana/Indiana_19_20/02schmidt.pdf[Consulta: 18/04/10]
- TORRES, Roberto (2001). "La africanización del sujeto como constructo de la identidad racial del blanco en la novela *Cumboto*, de Ramón Díaz Sánchez" *Afro-Hispanic Review*, N° 20:2, 8-17.
- VAN DIJK, Teun A. "El discurso y la reproducción del racismo. Lenguaje en Contexto", tr. María M. García Negroni y Salvio M. Menéndez, N° 1:1-2, Septiembre 1988, 131-180.
- WEBSTER, Johnny. "La historia de un negro que no le interesa a nadie. El cocolo en Tiempo muerto de Avelino Stanley." *Afro-Hispanic Review*, N° 22:2, 2003, 20-28.
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel. "El mestizaje en la nueva novela hispanoamericana" *Afro-Hispanic Review*, N° 25:1, Spring 2006, 163-70.